



# Film School

Pablo Berger

Regista

Me encanta viajar. Es una de las razones principales por la que me hice director de cine. Ahora mismo, estoy volando a Venecia junto a mi colaboradora (y esposa) Yuko Harami al Ca' Foscari Short Film Festival. Su directora, Maria Roberta Novielli, nos ha invitado. Quiere que dé una charla sobre mis películas con el escritor cinematográfico John Bleasdale. Me informa que en otras ediciones han participado, para hablar de su trabajo, otros directores como: Peter Greenaway, Patrice Leconte, Hirokazu Koreeda, Liliana Cavani o mi gran amigo Philippe Le Guay. Sin duda, es un honor que me haya invitado y una oportunidad única de visitar la increíble ciudad de Venecia.

Los aviones para mí son como oficinas volantes. Lugares de trabajo. Así que aprovecho el vuelo para preparar la charla que daré al día siguiente. Según me adelanta Roberta, tanto los organizadores del festival, como la mayoría de los asistentes, son estudiantes de la universidad. Muchos de ellos participan en el Master of Fine Arts in Filmmaking de Ca' Foscari, el programa que ella dirige. Me encanta hablar con estudiantes de cine. Yo también lo fui hace muchos, pero que muchos años...

Cierro los ojos y hago un flashback, una regresión de treinta años. Viajo en el tiempo al día de mi graduación, el 15 de mayo de 1995. Washington Square Park, Nueva York. Aquí estoy yo, entre miles de graduados de la New York University. Llevo birrete y estoy enfundado en una toga morada que me da un punto de cantante de Gospel. En la distancia, veo a un hombre diminuto, también con toga, que gesticula y mueve los brazos en todas las direcciones. Su voz nerviosa e ininteligible retumba por el sistema de sonido. Es Martin, Martin Scorsese, sus pobladas cejas le delatan.

Otro flashback. Imágenes de los últimos años de mi vida se suceden vertiginosamente

ante mis ojos. Recuerdo mi llegada a la Gran Manzana, una noche sofocante de verano cinco años antes. Estoy montado en la parte de atrás de un enorme taxi amarillo, conducido temerariamente por un indio con turbante. Más que rodar, el Chevrolet bota al cruzar por el George Washington Bridge. Tengo las ventanas abiertas y estoy borracho de alegría. Voy a cumplir mi sueño: estudiar cine en la NYU Film School, voy a hacer su Master of Fine Arts in Film, cortesía de una beca de la Diputación Foral de Bizkaia. De repente, en el marco de la ventana, veo el skyline de Manhattan. Inolvidable.

Flashback. Recordé mi primer día de clase. Estoy sentando en una sala de proyecciones entre veinte jóvenes de todo el mundo, de todas las razas y colores. Parecemos una valla publicitaria de Benetton. Las luces se apagan. Proyectan *Meshes of the Afternoon* de Maya Deren. ¿Maya quién? Yo solo conozco a la abeja Maia de los dibujos animados.

Flashback. Me acordé de todas las películas de estudiante en las que trabajé. De director de fotografía, de ayudante de dirección, de ayudante de cámara, de eléctrico, de maquinista, de director de arte, de productor, de montador, de diseñador de sonido, de guionista, de director, de sonidista, de microfonista... Pero sobre todo, me acordé de una vez que como 'actriz' tuve que vestirme de mujer, plantarme una peluca rubio platino, y pasear con naturalidad por Broadway emulando a Gene Rowlands en una película de John Cassavetes.

Flashback. Me acordé de una inolvidable clase con el productor Jerome Hellman. En la que se sinceró y, emocionado, nos contó todas las dificultades que tuvo para producir *Cowboy de Medianoche*, Oscar a la Mejor Película en 1970. Jerry, con los ojos llorosos, nos dijo repetidas veces, como un mantra, «Everybody is going to say no, but you just need one yes».

Los chillidos de mis compañeros me despiertan de mi trance. Vuelvo al día de mi graduación, estoy de nuevo en el Washington Square Park. Martin Scorsese se quita el ridículo birrete. Mis compañeros se quitan los suyos. Los van a lanzar al aire. Todos los padres, como francotiradores, toman sus cámaras para captar el momento. Yo, con el birrete en la mano, sigo pensando en los asombrosos años que he pasado en Nueva York, la ciudad que me ha adoptado y donde he aprendido un oficio. Tiro el birrete tan alto como puedo, y similar a la transición de 2001, *Odisea en el Espacio* se convierte en mi guión de *Torremolinos 73*.

Flashforward. El guion de *Torremolinos 73* cae en la papelera de una productora de cine española. Y de otra productora. Y de otra productora... «Solo me hace falta un sí», me repito una y otra vez.

¡DIIING! El pitido de la señal de 'abrocharse los cinturones' me despierta de mi ensoñación. Sigo en el avión. Mientras descendemos para aterrizar en el Aeropuerto Marco Polo, pienso en mi carrera como director. Tras mi paso por la escuela de cine pasaron ocho años de productores diciéndome NO hasta que uno dijo SÍ, y *Torremolinos 73* se convirtió en mi primera película. Años más tarde vinieron *Blancanieves*, *Abracadabra* y *Robot Dreams*. Han sido treinta años de carrera. Muchos 'no' y pocos 'sí'. *A long and winding road*, como la canción de los Beatles. Un camino lleno de curvas y obstáculos. Pero ha merecido la pena. Tengo ganas de compartir 'mi viaje' con los estudiantes de Ca' Foscari. Me considero un director 'amateur' con suerte que no ha tirado la toalla.

Aprovecho para dar las gracias de corazón al alma mater del Ca' Foscari Short Film Festival, the one and only, Roberta. Y también a su maravilloso equipo de estudiantes y colaboradores por hacer nuestra participación y estancia en Venecia inolvidable. Grazie mille.

